

Luis Alberto Sánchez

Tupí-Nambá



COMIENZA en elegía y termina en diti-rambo: café de Tupí-Nambá. Cosmópolis en la otra orilla, y lo castizo en esta ribera. Allá el gringo, y acá el criollo, porque lo mestizo cede bajo el avatar hispano y la presión de lo culto: café de Tupí-Nambá. Ahí está la mesa de Juan Parra, cuya memoria perpetúase en una calle alta, sin que su peruanidad ni su juventud retrajeran el homenaje. Aquí está ahora la Peña taurina «Guerrita», porque en el Uruguay adusto de Batlle Ordoñez ha renacido la tradición taurina de *panem et circens* bajo la «dictadura» de don Gabriel Terra.

En Buenos Aires, se jadea hasta en la siesta y se sesteá en el jadeo. Aquí no hay sesteo ni jadeo. Se conversa a largos sorbos, sin vehemencia de cosmópolis, sin descastamiento, con delectación de *gourmets*. Bien pudo, pues, florecer Rodó, terso y mayestático. Y encalló en cambio Florencio Sánchez, exceso de nerviosidad para una ciudad sedante. Herrera y Reissig,

otro manójo de vibraciones, buscó el amparo del exilio en la Torre de los Panoramas. Pero Vaz Ferreira ejerce su ponderado magisterio desde la Universidad, y Juana de Ibarbourou se encamina al catolicismo después de plantos y trenos arrancados a la carne sin mengua de la castidad.

En torno a las mesillas del Tupí-Nambá, se habla de arte y de toros. Arte y toros: cuando uno quiere ahondar en la psicología de Carlos Reyles, el autor de «El Embrujo de Sevilla», basta iniciar un paso de muletas a una silla, lanzar como piropo, al azar de la beldad transeúnte, cualquier giro encendido de sangre y trapío: «lo engancho por la faja», «se le arrancó corto y derecho», «se creció al castigo». Reyles, figura enjuta de monje encenizado de arrepentimiento, se yergue entonces. El padre de las serenitas «Incitaciones» recuerda al del «Embrujo». La cultura uruguaya de gaucho y caudillismo, Ateneo y Batllismo, se rebela y lanza a las fuentes de lo castizo. Bajo el viejo Batlle el «Tupí-Nambá» fué peña literaria. Uruguay depuraba su tradición, encaminándose a Occidente. Baho Terra, el «Tupí-Nambá» es peña literaria y además, taurina: Uruguay retorna a lo criollo, con sus caudillajes, asonadas y tropelías cívicas. Clima de insurgencia, «revolución del machete» comentaría Emilio Frugoni, poeta y líder político... El ditirambo se trueca en elegía: «Tupí-Nambá».

BALNEARIO; NO PUERTO

Montevideo ha absorbido la vida del Uruguay. Si Buenos Aires con sus tres millones de habitantes en una nación de doce millones de pobladores, dentro de una superficie de cerca de dos millones de kilómetros cuadrados, es un ejemplo de centralización, Montevideo lo es mucho más aun. De los cerca de tres millones de uruguayos que pueblan la República Oriental, casi uno reside en la urbe capitalina. Y ésta yergue su gallardía marinera entre el Atlántico y el Plata.

Asomarse a sus linderos es siempre asomarse al mar. Mar de río, mar paradógico y constreñido; mar de mar, ancho mar que baña Europa; mar por doquiera, azulosidad de mar, clima de mar, pero jamás ambiente de puerto. Buenos Aires es más puerto que Montevideo. Porque Montevideo es balneario antes que nada. Ahí los ojos van de fiesta, mientras que en el puerto salen de pesquisa. El porteño vive de prisa o trata de parecer de prisa, pero en el balneario la hamaca asordina las estridencias y duplica la serenidad del mate.

Las viejas revoluciones tuvieron que ser poemas campestres en esta banda oriental del Río de la Plata. Frente a Rosas y bajo el asedio, Montevideo más que «Nueva Troya» fué Nuevo Parnaso. Todos los poetas adversos a la tiranía hallaron ahí acogida y protección. Rivera Indarte, prófugo de sí mismo y de su admiración primeriza a don Juan Manuel, encontró en

Montevideo las rimas que le faltaban para su himno contra Rosas. Y Florencio Varela, poetísimo, hubo de ser asaltado por la muerte ahí donde un poeta tenía importancia, porque en el Buenos Aires creciente los poetas apenas si eran ciudadanos. José Mármol canta desde su banda fronteriza contra la dureza del régimen, y exhala sus «cantos del peregrino». Los otros emigrados, los más rijosos, los más constructivos, los más polémicos, anidaron en Chile, junto a los Andes, entre riscos de peñas y de humanidades, entre picachos obsoletos. Sarmiento anduvo, como Alberdi, en la faja angosta del otro lado de los Andes. Juan María Gutiérrez, Varela, Mármol, Echeverría, Rivera Indarte, encontraron en Montevideo luz para su policía y sus retinas. La polémica en Montevideo adquiere caracteres cívicos y durezas galantes. Por encima de las pasiones, hay un supremo director que melifica las actitudes y las reviste de belleza estatuaria. Sobre el dombo del cielo azulísimo, se recortan mejor que sobre la bruma del firmamento bonaerense, manchado de humaredas fabriles, las siluetas de los monumentos. Monumento de Batlle Ordoñez, mosquetero de las ideas, gaucho recio, doctorado en política y caballería, duelista como d'Artagnan y cincelador de principios para plintos. Monumento de Baltasar Brum, que se suicida antes de entregarse al triunfo de una idea opuesta. Monumento de Rodó, aconsejando serenidad al continente convulso. Monumento de Herrera y Reissig, cateador de manjares verbales, como jamás los hubo, antes que

él, en el idioma castellano. Monumento a la carreta. Monumento a Artigas. Monumento al caudillo, en «El Terruño», en donde los caciques, por rijosos que fueren conversan con pausas, entre fumada y fumada, entre mate y mate, entre carneada y carneada, así como ahora, estos caciques inteligentes e intelectuales, en torno a las mesillas del «Tupí-Nambá»... Monumentos existentes los unos, con la tangible existencia de la piedra; y los otros, con la intangible de la evocación y la fantasía. Monumento a la democracia que hasta cuando se pierde, permite, en medio de dolores cruentos de parto, que subsiste tal cual opositora para decir sus congojas y protestas, perpetuando en el sacrificio injustificable de Grauert la adhesión fundamental a un principio y a una idea.

SUIZA BOHEMIA

Desde que el barquichuelo atraca en el muelle, la cortesía salta a bordo como enviada plenipotenciaria del Uruguay ante el recién venido. Los tres, sombreros alones, chambergos bohemios, sobre melenas anacrónicas denuncian que el intelectual, ataviado de lo mismo, no suscita burlas ni despierta pullas. En Montevideo se puede lucir la literatura sin que se incuben rencores de changador. Existe la tradición de la inteligencia. Y la otra, la de la democracia. Y con ambas, la de la bohemia ilustrada. Bohemio fué, hasta cierto punto, Rodó. Bohemio, Batlle Ordoñez. Bohemio, Herrera

y Reissig. Bohemios son muchos que ahora empuñan el gonfalon de la cultura uruguaya. No, no es bohemia pueblerina ni romántica. Es coquetería de inteligencia. Alarde de comprensión. Bohemio fué el sistema colegiado, y bohemia resulta esta dictadura, bajo cuya mano germinan nuevos rumbos para el Uruguay y para América . . .

¡Suiza sudamericana! Prosperó, durante largos años, el cariñoso epíteto. Pero sin montañas y con criollos, Uruguay no podía ser sino una Suiza efímera, nominal. La llanura y el mar impiden la recia autonomía de los cantones y el celo tradicional de los helvéticos. Guillermo Tell no dispara acá sobre su hijo: se salta la tapa de los sesos o lanza cartel de desafío a espada francesa contra sus rivales. Hay excesiva inteligencia en Montevideo, contrapesada por el exceso de analfabetismo en la campaña. Suiza, no: Berna o Ginebra; pero los centralismos suelen extrangular a las naciones enterizas. Los parques tienen nombres de escritores y poetas De caudillos y de principios. Las instituciones más poderosas y de mayor raigambre son las intelectuales. Por tal razón, las instituciones políticas lucieron tanto y tenían bases tan deleznales. El diálogo, el culto y la masa apenas se articula con balbuceos precursores. Pablo Minelli se apasiona, como otros muchos, en determinar un rumbo nuevo, pero Erugoni alterna poemas con discursos. La política es una musa celosa que gusta de homenajes totales. Su ley es la de la monogamia. Su obsesión, el divorcio. El que la es

infiel una sola vez tan siquiera, la pierde irremisiblemente. Musa criolla, impermeable a la civilización de los «manages a trois», cultiva su insularismo orgullosamente. La política, al par que la inteligencia, absorbe a los hombres y sus cavilaciones. No es deporte de invierno, como el sky, ni de verano, como la natación: es ejercicio respiratorio permanente, atletismo, indispensable para el justador y el que especta. El uruguayo de la campaña añora al caudillo; el de la ciudad al Gobierno Colegiado y su orgullo ejemplarizador. Y así, entre preocupaciones culturales y obsesión política, los campos que lo primero une, se desunen con la segunda. Bajo los altos techos del Ateneo anidan todas las ideas y su tribuna es la más alta; pero cada día, el Ateneo acompasa su andar al de la pasión del día, y yergue, frente a la casa de Gobierno político, su altanería de gobierno intelectual. Los dos poderes se hallan frente a frente. En Montevideo el triunfo del Ateneo está descontado. Por eso subsiste, en plena efervescencia, con sus islillas de mesa de café, el típico «Tupí-Nambá»...

POETAS Y PENSADORES: PARRA

Parra era un poeta peruano, exaltado y loco, con la locura celeste de todo cazador de estrellas. Había llegado adolescente a Montevideo y supo hacerse oír y no supo cómo, pero se encontró amado. Juan Parra del Riego escribió poemas como himnos, que eran los que

necesitaba la naciente democracia uruguaya. «Himnos del cielo y de los ferrocarriles». Y «Polirritmos». Y entre éstos aquel admirable canto a Gradin, el negro brujo que llevaba el balón de futbol pegado a sus zapatos, y que dibujaba goles y deslumbraba con su gambeteo. Juan Parra del Riego fué poeta nacional del Uruguay. Murió sin mucha fama y sin mucha más edad. En cualquier país sudamericano, le recordarían tan solamente sus amigos. En Montevideo hay una calle con el nombre del poeta trunco y extranjero. En medio de ella, embrión de estatua, un poste ostenta su nombre, su nacionalidad y su cronología. Pero la inscripción aparece incompleta, desportillada por el pelotazo certero de un pilluelo prosélito de Gradin...

Los himnos son posibles en Montevideo, como en parte alguna. Las mujeres cantaron en ella como en parte alguna. Los poetas y las poetisas gozan de prestigio como en parte alguna. El «Tupí-Nambá» conserva su fragancia y su leyenda como no lo conservaría en ninguna parte.

DELMIRA

—Yo era muy niño cuando conocí a Delmira Agustini. Era una mujer espléndida. Sus ojos azules convidaban a naufragios. Su cuerpo vibraba y hacía vibrar. Pero era casta y ardiente. Virgen bíblica se enamoró de un solo hombre, y por él y su amor, escribió versos. Poemas de la pasión desenfrenada. Desnudamiento

del alma y de la carne. Aquel hombre llegó a ser su marido. Exceso de pasión agotó el contubernio. Encalló el matrimonio en la fiebre continua, pero, luego de deshecho el nudo, volviéronse a buscar los sedientos, y ella fué a donde él la citó, y ahí acabaron sus vidas, una tarde de pasión más febril que otras muchas, ella la bella malmaridada que persistió en el encanto de su madiraje. Y él, amante y esposo de su viuda civil...

JUANA

—Nadie es más casta que Juana de Ibarboúrou, y pocas tan bellas. Nació en la frontera con el Brasil, en un pueblucho nimio. Un militar apuesto fué y sigue siendo su primer y único amor. A despecho del hogar sereno, escribió versos de fragua. Creció el hijo y el temor a la vindicta social, acaso el recuerdo de Delmira, sofrenaron el soberbio instinto que tan lindamente soñaba. «Estampas de la Biblia» inician la curva hacia la Iglesia y la castidad verbal, que la otra nunca fué alterada. Cantora de «Cantar de los Cantares», no canta bien el Eclesiastés. La ceniza cubre fuegos extintos o amenguantes. Nunca fuegos altos, fuegos de viva lumbre. Juana está acabando, ya. Pero Juana es nuestro orgullo.

RODO

—Antes que Artigas, acaso, está Rodó. Mucho le zahirieron y le pretirieron. El halló acentos que nunca

habíamos oído. Su memoria está exaltada en un Parque, una estatua, muchas calles, muchas escuelas, muchas ediciones... Rodó murió pobre en Italia. Uruguay tiene que pagarle su deuda de olvidanza.

BRUM

—Baltasar Brum amaba la democracia y no permitió que nadie pasara por ella. Cuando el golpe de Estado de Terra, recibió la orden de prisión enfebrecido. Él esperaba que su pueblo, aquel pueblo que Batlle y él educaran en el ejercicio de la ley, se sublevara. Pero no reparó que la somnolencia democrático legalista había enervado a los viejos insurrectos. Al comprenderlo no tuvo un gesto. Salió a la puerta de calle, desfundó su pistola, y aplicándosela a la sien, gritó a los aprehensores: «La democracia no ha muerto en esta República». Y calló para no verla morir.

ALETAZOS DE TRAGEDIA

¿En qué país estamos? ¿En qué ciudad? ¿Esta es América? Acaso, no, pero mucho menos es Suiza. El trópico ha encontrado una rima perfecta en el sud, junto al Plata y frente al egoísmo cosmopolita de Buenos Aires. Seguimos indagando almas, pesquizando sensaciones, tratando de hallar el secreto de un escenario impresentido. Y andando, andando llegamos a una morada en donde reina duelo: sobre el lecho, un joven hijo

de árabes, encendidos los ojos de fiebre y pasión, exhibe su osamenta desmantelada:

—Le apresaron cuando el atentado contra el Presidente Terra. Le torturaron tanto que aquí le han traído a morir. A su padre le quebraron la pierna los sayones. A su hermano, le mataron de un tiro. A él le han martirizado hasta dejarle exánime. Sólo espera la muerte.

Alguien le pregunta:

—Pero, ¿vale la pena que hayas sufrido tanto por la política?

Y el moribundo:

—No es por la política; es por el Uruguay...

E insiste la interrogante:

—Pero, ¿eres tú uruguayo acaso? Tus padres, tus abuelos, tus parientes todos son árabes.

Y el yacente se yergue:

—Pero, yo soy uruguayo. Y esto es por el Uruguay y su libertad.

Dentro del pecho algo me dice:

—¡No te has equivocado, no, al escoger tu camino! Y afuera sigue la peña de Tupí-Nambá...

LAICISMO

La Rambla contornea al mar. Un mar sin oleajes, un mar que es río. En Pocitos y hasta Carrasco y Miramar, el presentimiento del verano. Hoteles para argentinos. Suntuosidad de parvenus. Placeres de mag-

nates. Admiración de sumisos. Arena, menuda arena, sobre la cual se hinoja reverenciosa la ola. Ha crecido el ámbito. Está más ancha la atmósfera. Ningún mástil; ninguna torre, ningún rascacielos. Playa, playa, playa: así hasta el Brasil. Por todas partes azota aire marino a Montevideo, la generosidad del agua corta el egoísmo y abre la generosidad. Reliquia para turista: derruídos murallones de la Aduana vieja. Recuerdo para historiógrafo: la expedición de los ingleses. Testimonio para los visitantes: el mar y la democracia sellando su consorcio secular. En las montañas son más fáciles las tiranías y las autocracias. Frente al mar desármase la acritud humana, y la avaricia adquiere sello cordial. La catolicidad recela del mar y se cobija en las alturas. Montevideo fué laico, como el Uruguay entero. Laico con un laicismo intransigente y obsesioante. Laico y democrático; laico y generoso, laico y cultor de su inteligencia. El patetismo del tiempo nuevo ha erigido montañas inmateriales sobre la planicie platense. En cada cerro, un castillo. Y dentro de él, un monasterio. Juana de Ibarbourou ingresa al monasterio intangible de esta cordillera que nadie columbra con los ojos del cuerpo. Zorrilla de San Martín la precedió en la celeridad por la vía del catolicismo. Rodó no se atrevió a romper con esa montaña en su «Liberalismo y Jacobinismo». Sólo el viejo atleta Batlle y Ordoñez arremetió contra el prejuicio, contra la montaña inmaterial. Fundó el partido colorado, la democracia y laicismo.

DRAMA DEL FUTBOL

Después han venido el futbol, primero, y los toros, después. El futbol ganó para el Uruguay fama deportiva, pero minó su responsabilidad cívica. Los poetas, cultores del éxito, vieron en Gradin un símbolo de algo nuevo, más no calaron en la hondura de aquel significado. Tras el futbol, deliberadamente se restauraron los toros. Batlle comprendió que Uruguay por su misma situación inerme a todos los vientos, requería el sustento de una tradición cívica profunda. De una inteligencia orientadora. Los pies destrozaron su ideal. Nazzasi alcanzó más fama que Rodó. El negro Andrade compitió con Reyles; Gradin con Artigas; Romano con Herrera y Reissig, y el Once olímpico adquirió más nombradía que el viejo Batlle y sus colorados. Sesenta mil espectadores acuden a presenciar la justa entre Peñarol y Nacional. Cada gol es un poema y una tragedia. Y ahora se suma a tal drama, el de la renacida afición taurina.

P a n e m e t c i r c e n s: indicio grave. Más que un ataque documentado de los opositores, me impresiona el hecho del futbol y los toros dirimiendo filiaciones. Alguno apunta: «Si usted no le gusta el futbol, no es de los nuestros . . . ».

ENVIO AL AMIGO DEL TUPI-NAMBA

Amigo gentil del «Tupí-Nambá»: no soy de los unos ni de los otros: pertenezco a una promoción hu-

mana que practica el deporte, pero que filosofa también sobre él. Todo Montherland lleva un Mussolini implícito. Como todo Machaquito siente inclinaciones por el general Franco y sus secuases. Si prefiere el futbol a los toros, es bueno tener presente que por encima de los dos, amo el alerta constante de la conciencia de los pueblos. Y que, puesto a elegir narcóticos cívicos, prefiero el nirvana al sudoroso narcótico del deporte o la fiesta brava.

Comienza como ditirambo y termina en alegría: café de Tupí-Nambá. En torno a tus mesitas, frente al café aromoso, discuten de toros, de futbol, de arte, y más asorninada la voz, de política. Miro tus paredes, con carteles taurinos. Me detengo en las melenas de algunos contertulios. Trato de abrazar con la mirada los chambergos bohemios. La cortesía y la generosidad me anestesian. El mar invita a lo fácil y propincuo. Desde la lejanía, me llama la sirena de mi barco. Nada me puede atar a lo pasajero, sean hombres, naturaleza, pasión de mujer o de gloria. Ni tampoco la remembranza de mi adolescencia bohemia, rediviva en tu seno, bajo su atmósfera sedante, café de la leyenda castiza de un Uruguay que ya pasa, café de la discusión vespertina y del panem et circens, coso y huerto, jardín de Academos y peña taurina, nombre sabroso, con perfume de selvática leyenda guaraní: café de Tupí-Nambá.

Santiago, septiembre de 1936.